

CARMEN LAFORET Y SU MUNDO NOVELESCO

LA reciente publicación del primer tomo de obras completas de Carmen Laforet (1), como culminación de una primera etapa en la evolución literaria de un autor en plena producción, y aun con la limitación que este hecho encierra, permite ya, con una cierta base, el estudio general de su obra, como reflejo y exposición de un mundo novelístico propio. Mundo novelístico que, derivado de su íntimo e intransferible mundo humano, de su *manera y modo* de *ver* y *sentir* el mundo no suyo, ajeno, informa toda su obra desde la aparición de su primera novela.

El alcance o sentido de esta relación o dependencia de sus mundos humano y literario, es algo que interesa a Carmen Laforet dejar bien aclarado, e insistirá sobre ello en los prólogos insertos en la citada edición. Lógicamente, hay una estrechísima unión entre ambos. «Cuando hice la segunda novela, comprendí que no había remedio, que todo lo que floreciese en mi vida sufriría ese monstruoso proceso de elaboración literaria necesaria para inventar...».

Por esta lógica y necesaria subordinación de su mundo novelesco a su propio mundo vital, pero en su totalidad y no solamente en su parte intelectual, ha podido Carmen Laforet sortear uno de los grandes escollos de la novela de hoy, que la daña esencialmente en su singularidad de género literario y, como tal, distinto y delimitado: el ensayismo. «Los peligros que amenazan la novela actual son muchos, —nos confirma Julián Marías— pero el más visible y grave el de abandonar la narración y refugiarse en el ensayo; dejar de *contar* y ponerse a *explicar*, que es

(1) CARMEN LAFORET: *Noctas* Tomo I. Editorial Planeta. Barcelona, 1957. 1343 págs.



lo que la novela no debe hacer nunca. No decir lo que pasa sino mostrarlo» (2). Y Carmen Laforet, al integrar su creación en un mundo vital, tanto sensible como intelectual, dista mucho de intentar comunicarnos su *propia opinión* ante los hechos y las cosas; no intenta *explicarnos* o argumentarnos aquéllos, sino sólo en la medida en que estos hechos quedan claros y visibles por la acción misma de la novela, acción que está encauzada por el personaje, generador también del ambiente, en muchos casos. «Me preocupa huir del ensayo...» —nos dice Carmen Laforet, consciente de su posición novelística— «y dar aquello para lo que me creo dotada: la observación, la creación de vida».

Efectivamente, la autora parte, para alcanzar su realidad novelesca, de la observación. Ahora bien, ella misma declara, como se ha visto, que su inventar nace siempre de un hecho íntimo de su círculo vital, humano —de ahí el convertir su *realismo* en *verismo*, según la certera opinión de Alfonso Albalá (3)—. Pero, sin embargo, de esto a literaturizar unos hechos vividos realmente media un abismo. Es un hecho cierto que el mundo novelesco de un autor ha de partir de su propio mundo interior que, al literaturizarse, se convierte en obra de pura creación, y, en este sentido, es fácilmente comprobable cómo la mayoría de los auténticos novelistas de este siglo no van a la busca de hechos o de experiencias —como un Hemingway— sino que han *creado* su mundo novelístico arrancando de su particularidad vivencial, de una idea esencial que pluralizan en diversos hechos pero que, en esencia, responden a una misma e idéntica preocupación ante la vida. No se trata, pues, en definitiva, de narrar unos determinados y propios hechos humanos, sino de situarse sobre ellos y, a partir de la *vivencia* que han producido, forjar otros, también determinados, hechos literarios. ¿Qué subsistirá o debe subsistir del plano real en el literario? En pura novelística, esa vivencia generadora, pero no la circunstancia externa que la hizo nacer.

Creo, pues, que no ofrecerá duda el hecho de que el tan discutido autobiografismo de Carmen Laforet es algo mucho más complejo que el puro *contar su vida*. Se trata, en realidad, de la perfecta simbiosis autor-obra, en la que ya no se sabe realmente el punto en que comienza uno y acaba otra, y en la que, incluso, a veces, —el caso de Valle-Inclán, por

(2) JULIÁN MARIAS: *La imagen de la vida humana*. Emecé editores. Buenos Aires, 1955, (pág. 37).

(3) A. A. [ALFONSO ALBALÁ]: «*Mis libros se deben a un profundo amor a la vida*» [Análisis de la obra de Carmen Laforet] (en *Ya*, Madrid, de 23 de junio de 1957).



ejemplo— el segundo elemento llega a determinar el primero. El hecho novelesco alcanza así la suprema fuerza creadora: la propia obra es la que configurará al novelista. «*Este mundo en el que yo personalmente me he convertido es un mundo de novelistas*», nos confirma la propia Carmen Laforet, la que añadirá: «Este mundo que soy yo misma», «...mis novelas están hechas de mi propia sustancia y reflejan ese mundo que —según he explicado antes— soy yo...».

Sin embargo, en el hecho, no de verter su mundo a la literatura y viceversa incluso —fenómeno connatural a todo novelista auténtico— sino en el de subordinar la imaginación a la propia experiencia, a la circunstancia auténtica, en un plano real —con lo que esto puede tener de anecdótico, e incluso, a veces, de falso, en el plano literario—, en la carencia, en una palabra, de fuerza imaginativa para poder *sentir* aquella vivencia generatriz sin una experiencia concreta, es donde reside el peligro, no sólo de autobiografismo sino de limitación, ya que, encerrada su literatura en ese recinto, no podrá franquear el círculo marcado por su propia vida personal, pues la pura inventiva o imaginación es lo que permite a un autor *distribuirse* en una gran diversidad de personajes, hasta concederles a éstos la apariencia de una individualidad concreta. De este hecho derivan, a mi juicio, las analogías existentes entre gran número de los personajes femeninos de Carmen Laforet.

Junto a estas citadas analogías ¿qué resta de autobiográfico en la obra de Carmen Laforet? Indudablemente, las tres *circunstancias* concretas que han motivado sus tres novelas extensas, y que encontramos reflejadas en la realidad de la vida de la autora: el choque entre anhelo y realidad, en la llegada a Barcelona de la protagonista de *Nada*; los recuerdos acuciantes de Palma, en *La isla y los demonios*; —escrita como un desahogo liberador—, y la personal conversión religiosa en *La mujer nueva*. Y, paradójicamente, para quienes ven sólo autobiografía en la obra de Carmen Laforet, en los dos primeros casos, por tratarse de hechos reales que caen casi dentro del plano de lo vivencial, han dado en las respectivas novelas las páginas mejores, mientras que en la tercera —la impresión de la Gracia, como *experiencia* concreta— ha motivado el capítulo de la conversión, el menos logrado a mi entender de la novela, no porque no sea real, sino porque no llega a dar la *sensación* de realidad —que puede ser pura invención— que conviene a la novela.

Todo este mundo novelesco de Carmen Laforet, que es ella misma, según nos dice, la autora lo ha desarrollado en una trayectoria perfecta



a través de la totalidad de su obra. Acerca de dicha trayectoria, encontramos una frase suya, referida a su primera novela, que nos señala una primera etapa en su evolución: «*Nada es una interrogación... , viva, anhelante*». Y a esta interrogación parece contestar la protagonista de *La mujer nueva*, escrita doce años después: «¿Por qué será la vida tan complicada...? ¿Por qué la complicaremos tanto? *A veces es imposible vivir con la dureza y la fuerza que uno anhela en la juventud... ¿Por qué estaremos así, desgraciados, anhelantes...?*». De una a otra posición vital, se ha desarrollado, dentro siempre de una corriente inmutable, la obra literaria de Carmen Laforet.

En el prólogo a una antología de sus mejores páginas, la escritora explica el impulso que motiva su obra: «Sé que mis libros se deben a un profundo amor a la vida» (4). Tan profundo, efectivamente, tan real y sincero, que ha constituido esa corriente inmutable de que hablaba, esa oculta vena que los une entre sí, más que nada, porque de ella deriva todo ese mundo interior, esa personal actitud vital, que cualifica y condiciona, a su vez, su mundo novelesco.

El personaje de Carmen Laforet, llámese Andrea, Marta o Paulina, se sitúa ante la vida, embriagado de la vida misma, sin comprender siquiera esa embriaguez: «No sabía por qué desperdicié tantas horas que debía dedicar al trabajo en paseos sin rumbo fijo, como el de esta mañana; *por qué la vida la llamaba tan poderosamente siempre*», confiesa Rosa, la protagonista de *El piano*.

Esta llamada de la vida incita al personaje a descubrir su esencia, su justificación más que nada: a su profundo amor vital no le basta la sensación, el entregarse a un mundo sensorial, casi siempre dado a la sexualidad, que *libere instintivamente* la preocupación o ansia de vivir, como sucede en el mundo novelístico de Françoise Sagan; más allá de la sensación, anhela el conocimiento. De ahí proviene la acuciante interrogación. Y por eso serán siempre adolescentes o jóvenes los personajes portadores de ese interrogante vital, porque es en la adolescencia cuando es más imperiosa esa fuerza de amor, y ese ansia de verdad, o de autenticidad. El personaje vive esperando el hecho, a veces fortuito, que aclare su vida; idea que asocia a un cambio en ésta que la intensifique —estancia de los parientes de Marta en la isla—; que la libere— llegada de Andrea a Barcelona, y abandono de la misma ciudad—, o que la

(4) CARMEN LAFORET: *Mis páginas mejores*. Editorial Gredos. Madrid, 1946.



llene y la modifique —conversión de Paulina. Este hecho esperado intenta ser, o espera cada uno que sea, la culminación de una búsqueda, la respuesta a su interrogante y que, con la verdad, con el conocimiento que han de encontrar en la vida misma, debe traer a su mundo íntimo la paz, como sinónimo de felicidad.

El deseo, inconsciente, de encontrar, por amor, lo más vital, lo más verdadero y puro de la existencia, toma en el personaje la forma de una fidelidad inquebrantable a unos valores espirituales propios, de una fidelidad a sí mismo, a lo más sincero del ser. Estos valores propios no siempre están acordes con los preestablecidos por una comunidad: «Nunca hago las cosas cuando creo que no debo», dice Paulina. Naturalmente, esa fidelidad a unos valores propios, y dentro de la aparente indiferencia ante los hechos exteriores, adquiere el matiz de una rebeldía espiritual, que hallará su culminación en la protagonista de *La mujer nueva*, plenitud y madurez de las adolescentes de sus novelas anteriores.

Por esta entrega a su ser más íntimo, el personaje se forja un mundo interno, absolutamente cerrado, propio y personal, aislado en medio de las pasiones de los seres que le rodean, cuando estos seres son ajenos a ese mundo suyo.

Ese aislamiento se condensa cuando el mundo exterior quiere romper esa intimidad. Cuando la protagonista de *Nada* llega a casa de su familia, ese aislamiento buscado toma, incluso, una forma plástica: Andrea se aísla en una cortina de agua —escena de la ducha—; cuando ésta cesa —agua=intimidación— Andrea «queda sola entre la suciedad de las cosas».

Inmerso el personaje en su mundo cerrado, sólo roza su interés aquello que proviene de él mismo, o lo que, llegando del exterior, puede ser incorporado a aquél: «A Marta los ambientes de la casa hasta entonces apenas le habían rozado. No le importaba nada de la vida de los seres que alentaban en aquellas habitaciones. Pero llegaron tres personas de fuera que sí le importaban, porque las había creado en su propia fantasía...». Y la confrontación o asimilación de ese mundo suyo con el exterior de la ajena realidad —hechos o personas— puede significar la confirmación de su existencia, de su propio yo; puede significar, en suma, la respuesta buscada, la culminación de su conocimiento, que coincide, siempre, con una plenitud de vida. A veces, ese conocimiento, lo encuentra, precisamente, en la reafirmación del mundo creado por sí mismo, que invade la realidad circundante y la hace suya —asimilación—, como



cuando Pedro, el joven protagonista de *Un matrimonio*, ante la vista de su mujer y su hijo, comprende el sentido de su vida y «no pudo dormirse hasta muy tarde. No de inquietud ni de angustia, sino de aquella nerviosa dicha, de aquella plenitud que le llenaba». Otras veces, su mundo no sufre una asimilación sino una confrontación con la realidad, con lo que en ello pueda haber de choque, y el conocimiento se encuentra, precisamente en la realidad, fuera de ese mundo creado por sí mismo, y que en este caso ha resultado falso, como son falsas las ilusiones de Mercedes, en *La llamada*, que al chocar con el mundo exterior, al buscar, forzosamente, una confrontación, ha encontrado el sentido de su vida en la propia realidad: «Ella había estado un poco desquiciada. Luego había sufrido espantosamente, y se había curado. Aquel viaje había sido algo así como uno de esos tratamientos que se les hacen a los locos, que o les mata o les cura».

Cuando esta búsqueda, que deriva de un anhelo de vida, termina, y encuentra o parece encontrar la respuesta —en la amistad y la comprensión, en *Nada*, indecisamente; en el amor, en *La isla y los demonios*, erróneamente, y plenamente, como final de una trayectoria, en el hallazgo de la Gracia, en *La mujer nueva*—, sobreviene el *asombro* y el *deslumbramiento*, —y sólo en el último caso, por su plenitud, la paz— pero en todo caso, la esperada felicidad: «La vida le parecía irrealmente hermosa. Tendida sobre el mar, sintiendo flotar sus cabellos, empezó a reirse suavemente. Nunca nadie comprendería el encanto de esta aventura contándola con las limitadas palabras que tenemos para expresarse. ¿Qué podría decir? Así ha sido el día más hermoso de mi vida: no comí y me fuí en un coche polvoriento a buscar a mi familia a un sitio donde no estaba. Encontré a una persona a quien quiero mucho que estuvo riñéndome de la manera más agria. Dormí en un cuarto horrible lleno de pulgas, y cuando no lo pude resistir más salí a bañarme al mar yo sola, desnuda, en la noche.

Y sin embargo, esta era la felicidad. Profunda, plena, verdadera. Cada uno tiene una manera distinta de sentir la felicidad y ella la sentía así».

En Marta, como en Andrea, esa paz, esa felicidad es transitoria. El interrogante prosigue, pero con él, la esperanza que motiva su busca. Busca que, Marta, tras el choque en que parece derrumbarse su mundo interior, prosigue inalterable: «El mundo es inmenso. Está esperando



ojos que lo miren, piernas que lo crucen...». «Ella estaba libre delante de su juventud. Para sus pies eran los caminos. Así pensaba».

Esa nueva búsqueda, lo mismo que su hallazgo, se encarna siempre en el comienzo de una vida nueva, incluso en el orden material y externo. Andrea marcha a Madrid, a otro ambiente; Marta, a Barcelona, viaje sentido igualmente como una liberación, y que enlaza idealmente la acción de ambas novelas; y Paulina comienza su nueva vida de aceptación de la voluntad divina con un cambio, igualmente, de vida material, al par que cierra el interrogante que comenzó en Marta y continuó en Andrea. Por eso, como antes dije, Paulina no precisa la condición de adolescente, ya que, recorrido el largo camino que la separa de sus antecesoras —viajes, cambios, intereses, anhelos— ha superado las esperanzas de aquellas, para encontrar la respuesta suprema a su búsqueda de amor vital.

